

## SACRAMENTO Y SACRAMENTOS

En la pasada reunión del Consejo de *Phase* de este año, decidimos emprender la tarea de abordar en un número de la revista el tema de la *analogía sacramental*. Lo difícil era encontrar un título que reflejara los estudios propuestos y que desalentara una atenta y provechosa lectura. Creo que el título finalmente escogido apunta dos cosas, o sea, que hay un sacramento primordial o un sacramento por excelencia y otros sacramentos que se definen en relación con el *sacramentum sacramentorum*.

Este núm. 306, el último de este año 2011, tiene presente la constatación tradicional de que todos los sacramentos son sacramentos de la Iglesia. Ahora bien, si existe un sacramento que causa o manifiesta la Iglesia como comunión éste es la Eucaristía. Precisamente el Concilio de Trento, aunque había dejado en el armario de los recuerdos la tipología patristica, ofrece una visión de la Eucaristía como signo de unidad, el rasgo característico de la patristica, también reflejado en las antiguas anáforas orientales y occidentales, y que obtuvo la mejor formulación latina en san Agustín. En efecto, el citado Concilio de Trento destaca en su treceava sesión:

Este santo concilio con afecto paterno exhorta, ora y conjura (*obsecrat*), gracias a la bondad misericordiosa de nuestro Dios (Lc 1,78), a que todos y cada uno de los cristianos se unan y sean concordes en este signo de unidad (*in hoc unitatis signo*), en este vínculo de caridad (*in hoc vinculo charitatis*), en este símbolo de concordia (*in hoc concordiae symbolo*).<sup>1</sup>

---

1 COD 697.

El Tridentino, en el seno de la reacción de la Reforma y teniendo en cuenta que la escolástica fijaba su atención en las causas y en la realidad objetiva del resultado, no ha perdido de vista la finalidad de la Eucaristía, esto es, la realización del hombre nuevo y de la comunión entre Dios y los humanos, una comunión reconciliada y reconciliadora con toda la humanidad. Es lo que precisamente dice otro gran Concilio, el Vaticano II, sobre la Iglesia (cf. *LG* 1). El Tridentino sigue sintonizando la onda del estallido inicial, acaecido en la Última Cena, y que sigue oyéndose en el don recibido por el sacramento: la comunión con Dios y con los pobres y entre nosotros, comunión que refleja la comunión de la humanidad con Dios. Y esta comunión es reflejo de la comunión trinitaria.

Las Iglesias locales orientales, tanto las de tradición bizantina, como las estrictamente orientales no han perdido de vista el venero litúrgico desde donde emana la comunión presente y actuante en la Eucaristía. Cada celebración de un sacramento es un nuevo Pentecostés, una actualización del acontecimiento pentecostal, una gracia del Espíritu, pues todo sacramento incluye una acción santificadora (aunque no toda acción santificadora sea un sacramento). Y todos los sacramentos parten y confluyen en la Eucaristía.

El diálogo ecuménico entre el Occidente latino y el Oriente diversificado ha ayudado en el camino de una síntesis entre la cristología y la pneumatología, subrayando al unísono la importancia de la acción de Cristo y de la acción del Espíritu en los sacramentos. Esta síntesis también ha ayudado a descubrir la dimensión eclesial de los sacramentos, además de la dimensión eclesial del sacramento por excelencia, la Eucaristía, que aparece como memorial del acontecimiento central de la fe cristiana.

El redescubrimiento de la acción litúrgica como lugar teológico de la reflexión sacramental ha abierto nuevas perspectivas a la teología sacramental y a la misma eclesiología. Con lo cual la eclesiología también debe mirar hacia la liturgia, como lo hace la teología sacramental.

Este último número del año dedicado a escrutar la teológica distinción entre sacramento y sacramentos recoge cuatro artículos que

nos describen esta realidad desde perspectivas diferentes. Y una perspectiva a valorar es la que contempla el misterio pascual de Cristo como el único y gran sacramento, del cual emanan la Iglesia y los sacramentos. El primer artículo es del profesor y miembro del Consejo de *Phase* Dionisio Borobio, el cual se plantea la cuestión que ha dado a luz este número, es decir, *¿son iguales todos los sacramentos?* Borobio es de los que no separan la teología de la celebración y que se valen de la mistagogía para explicar los sacramentos. El segundo, del también profesor y miembro del Consejo de *Phase*, el padre benedictino Juan Javier Flores, profundiza en el aspecto místico de los sacramentos, donde apunta que «los sacramentos nacieron para ser celebrados, mucho antes que estudiados». El tercer artículo, del oficial de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos Juan Manuel Sierra, apunta cómo se llega al septenario sacramental actual, y así constatar lo que nos dice el *Catecismo de la Iglesia católica*, o sea, que «los sacramentos son de la Iglesia ya que existen por ella y para ella», y por ello «afectan a toda la vida del cristiano y a toda la comunidad cristiana». Y el cuarto y último artículo es del también profesor y miembro de la Prelatura personal del *Opus Dei*, José Luis Gutiérrez, el cual parte del dato procedente de la escolástica y que dura hasta el siglo xx, o sea, de la separación entre el sacramento y su rito, para fijarse en algunos puntos focales de la celebración litúrgico-sacramental del septenario sacramental, eso sí destacando que «la *forma ritual* del sacramento constituye el ámbito más adecuado para la comprensión del signo sacramental y su significado teológico».

Si una conclusión se debiera llegar sería la importancia de los ritos y preces (cf. SC 48) para profundizar en cada sacramento. Precisamente el Concilio Vaticano II pone de relieve que la liturgia no consta de un contenido (el *misterio de la fe*) y de un envoltorio (*ritus et preces*), sino que el mismo contenido está presente, al alcance en los ritos y las preces; así pues el modo de participar en la liturgia está en los ritos y en las preces.

Y en un número que discurre sobre los sacramentos no podía faltar alguien que diera su punto de vista sobre el sujeto de los mismos y desde una perspectiva pastoral, teniendo en cuenta que nuestra

revista es de pastoral litúrgica. Esto lo hace con ágil rigor el patrólogo Joan Torra, el cual concluye valorando la mistagogía junto con la labor catequética y pastoral de toda la comunidad.

Aceptado que la liturgia de la Iglesia nace del misterio pascual, y que lo celebramos porque el Hijo de Dios se ha encarnado, aprovecho la ocasión para felicitaros una feliz Navidad.

Acabo con un dato importante para el CPL y para la formación litúrgica en el mundo hispanohablante, el que en este mes de noviembre se cumple el XXV aniversario del Instituto Superior de Liturgia de Barcelona, al cual está vinculada nuestra revista. Desde esta sede nos congratulamos del evento. Por muchos años al servicio de la formación litúrgica.

Jaume FONTBONA